3144 Sta Lorc 134

E. MARQUINA y J. SALMERÓN

EL DELFÍN

ZARZUELA HISTÓRICA

en un acto y cuatro cuadros, en prosa, original

MÚSICA DE LOS MAESTROS

BARRERA y GAY

Copyright, by E. Marquina y J. Salmerón, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

257915

A la distinguida y notable tiple
Pilar Perez, su correligionario
y seguro

Pereda Muñoz

EL DELFÍN

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvége et la Hollande.

EL DELFÍN

ZARZUELA HISTÓRICA

en un acto y cuatro cuadros, en prosa

ORIGINAL DE

E. Marquina y J. Salmerón

música de los maestros

BARRERA y GAY

Estrenada en el TEATRO DE LA ZARZUELA el 9 de Febrero de 1907

MADRID

G. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUIS	Srta. Arana.
CARLOTA	Srta. Santa Cruz.
CONDESA DE MONT-LUÇON	Pastor.
LUIS XVIII	Sr. González (V.)
GLAQUIN	Ruffart.
PIRIAC	Delgado.
LAMOTTE	Agulló.
ROBERT	Galerón.
BANCARDEL	Caba.
BERANGER	Gandía.
CONDE DE ARTOIS	Galerón.
DUQUE DE ANGULEMA	Estrella.
DUQUE DE RICHELIEU	Delgado.
UN COMISARIO	Rodríguez.
CARBONARIO 1.º	Muñoz.
IDEM 2.º	Soriano.
IDEM 3.º	Agulló.
OPERARIO 1.º	Bayo.
IDEM 2.º	Moncayo (M.)

Operarios, soldados, gendarmes, policías, gente del pueblo y coro general

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa la trastienda de un memorialista en la ciudad de Nueva York, año 1819. En el fondo, una puertecita con cristales, que comunica con el despacho del memorialista; á la derecha una puerta que da acceso á las dependencias de la casa; á la izquierda, puerta que comunica con las habitaciones interiores. La trastienda tendrá el aspecto de un interior pobre; en las paredes algunos cuadros con retratos de hombres de la Revolución francesa. Junto al aparador, y como disimulado en un rincón, el retrato de Luis XVI, con gasa negra. Los muebles son pobres, revelando la pobreza de las gentes que habitan la casa. Hay un aparador con platos, jarras y fuentes de porcelana, una mesa en el centro de la escena, con tapete raído, algunas sillas y un sillón. Al levantarse el telón, Glaquin el memorialista estará sentado en el sillón; á su espalda, y rodeándole á medias, Modistillas y Muchachas, tratan de obligarle á levantar cantando.

ESCENA PRIMERA

GLAQUIN, CORO DE MODISTILLAS y MUCHACHAS

Música

CORO La noche se avecina,
las calles están quietas,
ni sale á su ventana la vecina,
ni vienen las visitas indiscretas.

—

Este es el momento
y esta es la ocasión,
de llevar al papel el sentimiento
y envolver en un pliego el corazón.

—

GLA. (Sin reparar en ellas.)
Este es el momento
y esta es la ocasión,
de dejar que hable solo el sentimiento
y que á solas murmure el corazón.

—

CORO No quiere escucharnos:
¡hay viejo poltrón!
Tendremos que enfadarnos
y acercarle á la mesa en el sillón.
(Se acercan más.)

—

¡Señor memorialista;
tenemos una carta que escribir!
GLA. (Excusándose.)
Sin luz y con mi vista,
las líneas se me van á confundir.

—

CORO (Insistiendo.)
Nosotras le pondremos
la pluma en la cabal orientación;
nosotras le diremos
todo lo que nos dice el corazón.
Que estamos fatigadas
de las fatigas del diario afán,
y que nuestras miradas
en busca suya por las noches van.
Que aquella voz nos mueve
á luchar y á bregar, á sufrir y á vivir;
que el ansia es corta y que la vida es breve
para verle y hablar, para amar y morir.
No os excuséis en vuestra poca vista,
que el amor va, de noche, á relucir;
señor memorialista,
tenemos una carta que escribir.

—

GLA. Para tales extremos,
menos aún me muevo del sillón;
volved todas mañana, ¡y hablaremos!...
CORO Mañana habrá cambiado el corazón.

—

EMIGRADOS (Suena lejana su voz.)
Decid, decid
los hijos de Francia,
decid, decid:
¡antes que humillarnos,
supimos morir!
CORO Señor memorialista.
tenemos una carta que escribir.
GLA. (Por la voz lejana.)
Esa voz que me anuncia una entrevista,
¿qué me querrá decir?
(Al coro.)
Volved dentro de un rato—la carta escribiré.
CORO ¡Por fin triunfamos! ¡y ahora que el ingrato
no falte á su cariño ni á su fe!
Pronto volveremos:
la carta será fácil de escribir:
que le amamos, que todas le queremos...
GLA. (Despidiéndolas, junto á la puerta.)
Sí, ya sé, lo de siempre... ¡hasta morir!
(Sale el coro.)
EMIG. (Repiten el estribillo, sonando más cerca su voz.)

ESCENA II

GLAQUIN, PIRIÁC, LAMOTTE y ROBERT

Hablado

GLA. (Después de acompañar al coro hasta la puerta del fondo.) No os esperaba esta tarde.
PIR. Ni nosotros pensábamos venir.
GLA. ¿Pues qué ocurre?
ROB. Lamotte nos ha traído la noticia; él te dirá.
LAM. Sí. (Mirando.) ¿Estamos solos?
GLA. Puedes hablar. Luis no ha vuelto de la imprenta todavía.
LAM. Pues entonces hablo. Estaba esta tarde en

el muelle, registrando el cargamento de un bergantín, que traía algodón de Luisiana. Ha anclado en la boca del puerto una fragata; en su mayor, lucía una bandera extraña... me fijo: es la insignia blanca flordelisada de los Borbones.

GLA. ¿Por fin?...

LAM. ¡Por fin! La restauración está consolidada. Lo he dejado todo, y en un bote de los míos he ganado la cubierta de la fragata. Todos, viejos amigos, me han abierto los brazos; me han hablado francés. Después de los cien días, con el apoyo de los reyes de Europa, Luis XVIII ha vuelto á sentarse en el trono de Francia; pero...

GLA. ¿El ejemplo de Napoleón le habrá enseñado á reprimir las ambiciones, á usar del trono con moderación y con medida?...

LAM. Desgraciadamente, no. Me han dicho en la fragata, que Luis XVIII cierra el puño tiranizando al pueblo todavía con más brutalidad que el Corso.

PIR. Entonces, ciudadano Glaquin, ha llegado el momento de intervenir.

GLA. ¿Te refieres?...

PIR. Sí, me refiero á la única esperanza que le queda á Francia. ¡A tu hijo!... al ciudadano Luis.

GLA. (Cortándole.) ¡Calla!...

ROB. ¿No decíais que estábamos solos?

GLA. Sí, pero de todos modos... un secreto que he guardado toda mi vida, que sólo vosotros conocéis...

ROB. Ese secreto ha llegado el momento de romperlo.

LAM. Tenemos el plan.

PIR. Es necesario que te resuelvas á separarte de Luis.

GLA. ¡De Luis!...

ROB. Y pronto.

LAM. La fragata regresa á Francia esta misma noche. Es necesario que salga en ella el único que puede librarla de la tiranía de Luis XVIII. Ya está hablado el capitán.

GLA. Pero... ¿lo habéis pensado bien? Luis es joven, casi un niño. ¿Para qué le salvamos aquella noche si hoy habíamos de abandonarle solo, sin una mano amiga, á la incertidumbre de un viaje?

ROB. Luis no va solo. Lleva con él el espíritu que le ha dado un pueblo libre.

GLA. Entonces vuestro plan...

LAM. En dos palabras... El plan es éste.

GLA. Vé diciendo. (Mientras los tres amigos le revelan el plan, Glaquin abre el armario del aparador, saca de dentro de él cera, un sello y una pluma de metal y lo va dejando todo sobre la mesa al lado del papel.)

LAM. Puesto que la restauración es un hecho, llevemos al trono de Francia al único que puede imponer desde él las ideas nuevas. Esperando este momento le habíamos traído á un país libre; con ese objeto le has dado un oficio; has hecho que se rozara con el pueblo, que á diario oyera á la fiera pedir por sus mil bocas. La fragata está prevenida; cuando Luis regrese del trabajo, le revelas todo cuanto deba conocer y le das los comprobantes que le exigirán en Francia.

GLA. (Pensativo.) ¡Qué profundo egoísmo es el del hombre! Ahora siento morir solo; ahora quisiera que de verdad fuese mi hijo.

ROB. La verdad es que el pequeñuelo se hacía querer.

PIR. ¡Tan alegre! (Se oyen á lo lejos, en la calle, los gritos de Luis, que viene corriendo del trabajo.)

LAM. ¿No es esa su voz?

GLA. (Escuchando, visiblemente emocionado.) Sí... Callad; no le digáis nada vosotros; quiero hablarle yo... aunque me duela... ¿sabéis?... quiero hablarle yo... Ya estoy sereno.

ESCENA V

LOS MISMOS y LUIS. Entra corriendo y dando saltos, lanza al aire su gorrita de operario, gritando

LUIS ¡Viva la libertad! ¡Papá Glaquin, hoy me han subido un dollar! (Los tres viejos, incons-

cientemente, se descubren y se inclinan al aparecer Luis. Este vuelve la cabeza hacia Glaquin como interrogándole. Glaquin, en un rapto de emoción, le echa los brazos al cuello, y teniéndole casi abrazado, dice:)

GLA. No te extrañe, Luis, la actitud de mis amigos. No, no se han vuelto locos; cumplen con su deber, y yo, que te parezco el más cuerdo, soy el único que no me porto contigo como debiera. Siéntate... *hijo mío*... sentémonos todos... Tengo que decirte cosas graves. (Luis se sienta en la mesa y mete la cabeza en los brazos cruzados como para lloriquear, enfurruñado.) Pero, ¿qué te pasa, muchacho?

LUIS (Muy irritado y casi llorando de rabia.) Vamos, es imperdonable; ni uno solo me ha dado la enhorabuena porque me han subido el sueldo.

GLA. ¡Pobre Luis! .. No te hemos dado la enhorabuena... y sin embargo, hijo mío, conocíamos tu ascenso antes de que nos lo dijeras. Estábamos hablando de él precisamente.

LUIS (Interesándose.) ¿Lo sabíais, papá Glaquin? ¿Quién os lo ha anunciado?

GLA. ¡Oh!... Hace años que lo sabemos.

LUIS ¡Bien! ¡Siempre me engañas! Todos son misterios en esta casa. ¿No tienes confianza en tu hijo? ¿Cuándo contestarás á mis preguntas?

GLA. (Con cierta emoción.) Hoy.

LUIS ¡Sí, hoy!... ¡mañana!... Demasiado veo que te burlas.

GLA. (Con mayor solemnidad.) ¡Hoy!... ¡Ahora!... Pregunta.

LUIS (Dirigiéndose á él con cierto mimo.) ¿Que pregunte, papá Glaquin? ¿Y me contestarás á todo... á todo?

GLA. A todo. Empieza.

LUIS No, á una cosa nada más; á la de siempre. ¿Por qué, si hemos vivido siempre aquí, yo no reconocía la casa, cuando salí de aquella enfermedad? Y, sobre todo, papá Glaquin, ¿por qué no te conocía á tí que eras mi padre? Yo, que no tengo mal corazón, ¿por qué fuí ingrato entonces?

GLA. Ya te he dicho muchas veces, que no fuiste ingrato.

LUIS Lo fuí, lo fuí, porque no supe reconocerte.

GLA. No lo fuiste. Escucha, ven, acércate: ¿ves allá, en aquel rincón, un retrato con una gasa negra?

LUIS ¡Oh! ya no quieres contestarme. Sí, lo veo, y muchas veces al día. Desde niño me hace impresión ese retrato; no me puedo acostar sin darle una mirada.

GLA. ¿No te he dicho alguna vez, á quien representa ese retrato?

LUIS Sí, es Luis XVI, rey de Francia, que no pudiendo servir á su pueblo, se dejó matar por él. Eso me has dicho.

GLA. Es la verdad. Figúrate ahora, la noche de aquel día en que la cabeza de Luis XVI fué separada del tronco al filo de la guillotina. Aquella noche, las multitudes metían sus garras por las rejas del Temple, ansiosas de hacer presa en la carne de la mujer y de los niños. Figúrate que aquella noche había entre la gente cuatro amigos, tan amigos como estos cuatro viejos que te rodean. Figúrate que aquellos cuatro amigos, se juramentan para salvar al Delfín. Desde aquel momento no descansan; la plegaria, la amenaza, la intriga, hasta la perfidia emplean para llegar á las plantas de su reina, y se trama un plan. El Delfín es sustraído del Temple; una pobre criatura, desvalida y muda, queda en su lugar. Luego, la venganza popular se cumple. Barre el pueblo las salas del Temple, y otra vez la sangre real mancha de rojo el filo de la guillotina. Los cuatro amigos, á los pocos días, dejaban las costas de Francia, y en un rincón de un bergantín, abajo, en la sentina, sobre un jergón de paja, se inclinaban ansiosos, espiando con inquietud y respeto los avances de la fiebre en el cuerpo atormentado de un niño que jadeaba, delirando. (Pausa.)

LUIS Papá Glaquin, acaba. ¿A dónde fueron? ¿Y el niño? ¿se salvó?

GLA. Durante su estancia en el Temple, cuando los verdugos maceraban su cuerpo, y las privaciones le hacían insensible al dolor, la reina, su madre, con una aguja de oro que arrancó de su broche real, tatuó la espalda del Delfín, grabando en ella, con lágrimas y sangre, la flor de lis de los Borbones. Los cuatro amigos lo sabían, y como tres de ellos han pasado más de veinte años sin besar aquella insignia, yo les llamo para decirles con lágrimas en los ojos: ¡Piriac, Robert, Lamotte! ¡Hemos cumplido el juramento! Mirad aquí la flor de lis, y besad la mano á nuestro rey. (Los cuatro se inclinan, tomando, para besarlas, las manos del Delfín.)

LUIS. (Pausa. Un momento de suprema y visible emoción, durante la cual se queda sin palabras. En seguida trata de recobrar el dominio de sí mismo; retira sus manos, que los cuatro viejos estrechaban; éstos se levantan con cierta solemnidad, contemplando al Delfín, que también les mira de un modo «real»: luego, señalando el retrato de su padre, dice á Glaquín:) Por él y por mi pueblo, ¿qué he de hacer?

GLA. Por él arrancar el trono de las manos que lo usurpan; por Francia, lo que hacen los reyes y los padres cuando tienen confianza en su pueblo ó en sus hijos; darles libertad para que vivan y les honren.

LUIS ¿Y tendré que marcharme?

GLA. (Llevándose las manos á los ojos.) Hoy mismo.

LUIS (Al verle conmovido, se acerca, y echándole los brazos al cuello, dice:) No llores, viejecito. Has sido tan bueno conmigo, que me has hecho olvidarle á él (Señala el retrato.)

PIR. Barón de Glaquin, el tiempo pasa.

LAM. Solo hasta media noche nos aguarda la fragata.

GLA. Esperad. Mi plan es este. En mi juventud no tuve mejor compañero que el Conde de Provenza, (Al Delfín) tu tío. Desde la Restauración, el Conde de Provenza, con el título de Luis XVIII ocupa el trono de Francia; voy á escribirle una carta: no habrá olvidado ni mi sello ni mi rúbrica: dentro de

ella irán los comprobantes que me entregó la reina; con ellos y la flor de lis tatuada en tu espalda, no hay duda posible; además, el Conde de Provenza es un fiel realista y acatará tus derechos.

LAM. Escribe. (Dándole el papel y la pluma. Pausa.)

GLA. (Escribe.) «Cuando estés en el trono no olvides que has estado en el taller.» (Levantándose y entregándole la carta.) Es lo único que puedo entregarte al despedirnos. ¡Que hoy te bendiga Dios y mañana tu pueblo, como este viejo te bendice! (Luis se inclina para recibir la bendición de Glaquín. Los tres viejos contemplan la escena conmovidos. Glaquin, después de bendecirle, abraza y besa al Delfín; después le dice:) Ahora, á los preparativos necesarios. Vas á salir en seguida. Estos buenos amigos tendrán fuerzas para acompañarte hasta el barco; yo no podría. (El Delfín sale por la puerta de la izquierda. Todos contemplan emocionados al Delfín. Cuadro: los actores procurarán dar toda la ternura posible al grupo final del cuadro)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Interior de la imprenta «La Minerve», en París, en el año 1820. En un rincón, á la derecha, puerta que conduce al cuarto de máquinas donde se tira el periódico: en el escenario estarán instaladas la redacción y oficinas de administración y venta. A ambos lados de la escena, armarios con libros. A la izquierda una mesa grande con plumas, tintero y cuartillas; alrededor de la mesa y diseminadas por la escena algunas sillas. En el fondo, puerta con cristales, comunicando con la calle; en la lateral izquierda una puertecita que comunica con las habitaciones interiores; al lado de esta puerta una silla; en un rincón unas armas.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón los OPERARIOS salen del cuarto de máquinas con ejemplares del periódico. Sentados á la mesa BANCARDEL y BERANGER, CARLOTA y LUIS van y vienen doblando los periódicos y haciendo «manos», que entregan en la puerta á los «vendedores»

BAN. (Gritando á los operarios.) Tirad mil números más. Si morimos, hemos de morir en la abundancia.

BER. ¡Oh! Moriremos de seguro. He reformado la canción, y no creo que la censura me tolere la reforma.

BAN. Tanto mejor, si con ello conseguimos abrir los ojos á la gente.

OPER. 1.º No es abrirles los ojos, sino armarles las manos lo que se necesita.

OPER. 2.º Ni armárselas siquiera; desatárselas.

BAN. Luis, ¿cuántos ejemplares llevas despachados?

LUIS Tres mil, señor; pero las demandas menudean.

BAN. Pues adelante, á ver si nos salvamos.

BER. (A Bancardel con cierto misterio.) ¿Qué más habéis averiguado de ese mozo?

BAN. Lo que os dije, maestro Beranger. Estoy en un mar de confusioues. No sé si se trata de

un loco ó de un arma terrible contra la Restauración.

BER. Convendría averiguarlo. ¿Qué datos tenéis?

BAN. Llegó de América hace cuatro meses. Parece que traía cartas para nuestro monarca, papeles secretos, que bastan ellos solos para arrancar el trono á Luis XVIII. Trató de ser admitido en Palacio; en todas partes se le quitaban de delante, le tomaban por loco. Descorozonado, rendido, perdido en este *maremagnun* de una corte esquiva, vino un día á pedirme trabajo á cambio de comida; necesitaba justamente un operario activo y le tomé. El no habla nunca: yo he sabido estos detalles por un empleado de Palacio que vino á visitarle, ofreciéndole trabajar en su defensa si le entregaba los papeles que traía.

BER. No está mal el lazo.

BAN. Pero Luis no cayó en él. Se negó á admitir toda clase de tratos y dejó que el enviado se marchase con las manos vacías.

BER ¡Bravo: me interesa ese muchccho! Cuando salgamos de estos aprietos quiero interrogarle.

OPER. 1.º Cuatro mil ejemplares; ¿tiramos más?

BAN. ¿Cómo va la venta?

CAR. (Desde la puerta.) Hace rato que no viene nadie.

LUIS Aquí queda una mano todavía.

BAN. Corre á ver si la despachas.

LUIS (Saliendo con el periódico en la mano.) En seguida. (A Carlota en voz baja.) Vuelvo en el acto, Carlota.

CAR. ¡Por la Virgen, no te comprometas! (Se estrechan las manos, procurando no ser vistos)

ESCENA II

DICHOS menos LUIS

BAN. (Desde dentro á los operarios.) Parad la máquina.

OPER. 2.º Ya está.

BER. Y ahora venid aquí, que os he de hablar á

todos. (Los operarios salen con tumulto de la sala de máquinas, y rodean la mesa en qne están sentados Beranger y Bancardel.) ¿Para qué ocultaros la situación, amigos míos? La Minerva está en crisis; los días de la Restauración no son apropósito para que la sabiduría tenga crédito: estamos acabando el papel: ya hace dos semanas se acabaron los fondos y vivimos de milagro. Este ha sido el último número. ¡Ojalá corra por París como un reguero de pólvora! Acercáos uno á uno y se os dará lo que es vuestro, pero no volvais mañana porque no nos queda más.

OPER. 1.º (Adelantándose.) Maestro Beranger, ¿se me consiente hablar en nombre de todos?

BER. Habla; aquí no tenemos censura; pero, ya sé lo que vas á decirme: que nosotros que hablamos de redimir al pueblo, somos los primeros en explotarlo.

OPER. 1.º No quería hablar de eso, maestro Beranger; quería decir dos palabras solamente.

BER. Habla.

OPER. 1.º Comprad papel con los fondos que ahora nos ofrecíais, y en nombre de mis compañeros, hasta mañana.

VOCES Hasta mañana, y ¡viva La Minerva! (Apretones de manos, y los Operarios se alejan por la puerta del fondo, entonando en voz baja el estribillo del «Ça ira....»)

ESCENA III

BANCARDEL, BERANGER y CARLOTA

(Bancardel muy conmovido, les mira alejarse. Beranger, que los ha acompañado hasta la puerta, se vuelve diciendo:)

BER. ¡Qué bravos muchachos! Mañana mismo en La Minerva, les dedico una canción.

BAN. Si es como la de hoy, tal vez no deje que llegue á sus oídos, la censura.

BER. Y á propósito, quiero salir á la calle á espiar yo mismo los efectos de la siembra.

BAN. Os acompaño si salís. Tengo una cita con el presidente de los Carbonarios que me había prometido fondos para La Minerva. (A su hija.) Carlota, no creo que venga nadie á molestarme: si algo intentan nuestros enemigos, será á *prima noche*, pero de todos modos, está alerta, y á la menor sospecha, entra en tu cuarto, y llámame por la ventana: estoy al lado, en la casa de Porel.

CAR. Padre, está bien. Marchad tranquilo.

BER. Carlota, adiós. Ya veis que La Minerva sigue y que seguís condenada á ser mi musa. (Vase por el fondo con Bancardel.)

ESCENA IV

CARLOTA sola

(Después de un momento de silencio.) ¡Cuánto tarda Luis! Si pudiese avisarle que estoy sola... ¡Cómo no se lo avisa el corazón! (Luis entra corriendo.)

ESCENA V

CARLOTA y LUIS

LUIS ¡Ciudadana Carlota, buenas tardes!

CAR. ¡Ah! ¿eres tú?

LUIS Soy yo, mi libertad. La jornada se prepara buena. La Minerva ha sido denunciada. He visto cómo apaleaban á los vendedores los esbirros del rey. ¡Qué insensatos son mis compañeros!

CAR. ¿Pero tú?...

LUIS He podido librarme de todo. Me daba alas el deseo de volver á tu lado, y me protegía el recuerdo de mi Carlota. ¿Dónde está tu padre?

CAR. En casa de Porel, ahí al lado.

LUIS ¿Y el maestro?

CAR. Ha salido también.

LUIS ¿Luego estamos solos? ¿Podemos hablar?
CAR. ¡Oh! ¡Hablar nada más!
LUIS Pero libremente, sin que nadie nos espíe, sin pensar en nada más que en nuestro amor.
CAR. ¡Luis!
LUIS ¡Carlota mía! (Cogiéndole las manos.)

Música

LUIS Hace días que guardo, Carlota mía,
un secreto en el alma, ¿no lo adivinas?
CAR. Si guardas el secreto dentro del alma
ciérrate bien los ojos por donde escapa.
LUIS Yo no quiero cerrarlos, Carlota mía,
porque disfruto viendo que me adivinas.
CAR. Si el ver que lo adivino, te da alegría,
cierra también los labios, no me lo digas.
LUIS Mi secreto es como agua dentro la tierra,
que por salir al aire rompe las peñas.
CAR. Si tener preso quieres, ese secreto,
ciérrate bien los brazos, no salga el preso.
LUIS Prisionera he de hacerte, como al secreto,
y así los dos bien juntos lo guardaremos.
LOS DOS Como grano en el surco, lo esconderemos;
como el oro en la tierra, lo guardaremos;
como pájaro en nido, pan en el arca,
y granito de incienso bajo las brasas.
LUIS A nadie se lo diremos; todos nos preguntarán:
cuando nos vean riendo, todos lo sospecharán.
CAR. A nadie se lo diremos; todos nos preguntarán:
cuando nos vean llorando, todos lo asegurarán.
LUIS Debajo de las lágrimas, debajo de las risas,
sólo un secreto cabe, pero no me lo digas.
CAR. Solo un secreto cabe, yo te lo contaría.
pero no hallo palabras, pero no me lo digas.
LOS DOS Como el oro en la tierra, lo guardaremos,
como grano en el surco, lo esconderemos;
como pájaro en nido, pan en el arca,
y granito de incienso, bajo las brasas.
(Al terminar el dúo, suenan lejanos, algunos tiros en la calle.)

Hablado

CAR. (Atendiendo al rumor de la calle, con emoción que no puede dominar.) ¡Tiros!... ¿No has oído tiros en la calle?

LUIS (Asomándose á la puerta.) Tal vez, pero en todo caso, son lejanos todavía. Sí, allí veo á la multitud que sigue una camilla.

CAR. ¡Ah! ¡qué egoístas somos!

LUIS ¡Si estuviera en nuestras manos el remedio!

CAR. En las mías no está.

LUIS ¡Ni en las mías tampoco!

CAR. Sí, en las tuyas, sí. (Con firmeza.)

LUIS Carlota, ya te he dicho que no debemos pensar en eso. Lo que te conté fué un sueño, una locura. Tú eres mi trono, mi reina, mi pueblo y mi libertad. ¿A qué soñar con otra cosa? ¿Iba á ser más feliz de lo que soy?

CAR. Pero tu pueblo sí.

LUIS ¡La felicidad del pueblo es tan lenta, tan difícil de conquistarla! (Oyense golpes en la puerta.)

CAR. Calla. ¿Quién llega?

LUIS (Abriendo la puerta con precaución.) Son amigos, Carlota. Pasad los Carbonarios.

ESCENA VI

DICHOS y LOS CARBONARIOS. Entran en escena, hasta diez hombres, amigos de la Revolución, los que formaban parte de la famosa sociedad secreta «Los Carbonarios». Al entrar se dirige á Carlota el Carbonario 1.º

CARB. 1.º ¿Está en casa el ciudadano Bancardel?

CAR. Como si lo estuviera. Está en casa de su amigo Porel.

CARB. 1.º (A los demás.) El presidente de nuestra *venta.*

CAR. Como las dos casas se comunican por el patio, me ha dicho que le llamase por la ventana de mi cuarto si algo ocurría. ¿Le llamo?

CARB. 1.º Sí, será mejor llamarle. (Confidencialmente á los

demás.) Podríamos levantar sospechas si ahora volviésemos á salir para buscarle.

CAR. (Saliendo.) Dentro de unos instantes, está aquí. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VII

DICHOS menos CARLOTA

CAR. 1.º Dado el estado de los ánimos, hoy la canción de Beranger levantará á las masas

CAR. 2.º ¿La habéis leído?

CAR. 1.º La traigo aquí. La publica esta tarde La Minerva.

CAR. 2.º Es un latigazo para el Rey!

CAR. 3.º Decid más bien para los Reyes.

CAR. 2.º Pronto les toca su fin.

CAR. 3.º El ejemplo de Luis XVI es elocuente.

CAR. 1.º Debemos imitar á aquellos hombres.

CAR. 3.º No es esa la intención de Beranger.

CAR. 2.º No debemos recurrir á la violencia más que en último término.

CAR. 3.º Mientras existan reyes, el último término es cada hora del día. Luis XVIII es un farsante, si Luis XVI era un canalla.

LUIS (Arrojándose sobre el Carbonario 3.º) ¡Mientes! ¡No me importa poneros contra mí, pero dí que mientes! (Los Carbonarios se interponen y los separan.)

CAR. 3.º (A Luis.) ¿Qué delirio te ha entrado, bull-dog real? ¿Desde cuándo en la casa de Bancardel han entrado libreas de las Tullerías?

LUIS Dí lo que quieras de mí, dí lo que quieras de los que tiranizan á Francia, pero deja á Dios el juicio de los muertos. Por grandes que fueran sus culpas, hoy ya no existen para el pueblo, porque las lavó su sangre.

CAR. 3.º (En son de desafío.) ¿Sabes que me entran ganas de probar si con la tuya se lavan las injurias?

CAR. 1.º Deja al ciudadano Luis. Yo le entiendo y tú no puedes entenderle. Yo tengo confiden-

cias de un secreto. ¡Ciudadano Luis, esta es mi mano! ¡Para mí no será nunca un mal patriota el que sabe ser buen hijo!

CAR. 2.º No deben existir secretos entre nosotros. Que hable el compañero.

CAR. 3.º ¡Sepámoslo todos!

TODOS (Murmullos.) ¡Que hable! ¡Que hable ¡(Entran Bancardel y Beranger.)

ESCENA VIII

DICHOS, BANCARDEL y BERANGER

BAN. (Entrando precipitadamente y obligando á entrar á Beranger.) Aquí tendréis un refugio mientras pasan.

BER. Es inútil: la enseña de la imprenta nos delataría. Vienen siguiéndome la pista desde el centro. Esta noche dormiré en la cárcel.

CAR. 1.º ¿Qué sucede, maestro Beranger?

BER. El pueblo arrebata de las manos mi canción. Ha habido alzamientos en las Barreras; al pasar por una calle me han reconocido y se han juntado para vitorearme; la policía viene persiguiéndome; tienen orden de entrar á saco en La Minerva.

CAR. 2.º Que vengan, que vengan; la defenderemos.

CAR. 3.º Hoy me pide sangre el cuerpo.

BAN. (A Luis.) ¿Y mi hija?

LUIS Ahí en su cuarto.

BAN. Temo por ella.

LUIS (Colocándose delante de la puerta con firmeza.) No temais, señor. (En este momento se oyen gritos en la calle.)

CAR. 1.º ¡Ellos!

CAR. 3.º ¿Dónde hay armas?

BER. Aquí. (Señalando en un rincón.)

CAR. 3.º Y aquí. (Sacando un cuchillo del cinto.)

CAR. 2.º ¿Defendemos la puerta?

BER. No, esperemos tranquilos. Que parta de ellos la provocación.

CAR. 3.º Ya está la diosa cobardía presente. No podré contenerme y los insultaré.

BER. (Con severidad.) Pues si quieres insultar forma en sus filas.

CAR. 1.º Maestro Beranger, la canción. (Rumor en la calle de las fuerzas que se aproximan.)

Música

BER. ¡Libertad!
La deidad de los presos
¡es la libertad!
¡Prisioneros de reyes, cantemos
á la libertad!
¡Las coronas de los reyes
eslabones grandes son
de una cadena tendida
entre nación y nación!

CORO y BER. ¡Libertad!
¡La deidad de los presos
es la libertad;
prisioneros de reyes, cantemos
á la libertad!

BER. La cadena ha de romperse,
todos lo agradecerán;
roto el primer eslabón,
¡los otros le seguirán!

CORO Y BERÁNGER
¡Libertad!
¡La deidad de los presos
es la libertad!

(La fuerza pública rompe violentamente las puertas de la imprenta: entran policías y soldados, derribando sillas, mesas, atropellando por todo y aprisionando á los operarios y á Beranger que se defienden y cantan su canción, como un trágala á los que les prendenn.)

¡Prisioneros de reyes cantemos
á la libertad!

(Cuadro de violencia indescriptible.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Salón del trono en las Tullerías

ESCENA PRIMERA

LUIS XVIII rodeado de su camarilla. EL CONDE DE ARTOIS, el DUQUE DE ANGUIEMA, la CONDESA DE MONT-LUÇÓN y algunos altos dignatarios de Palacio

LUIS XVIII (Al Conde.) ¿Formáis mala opinión de estos sucesos, querido Conde?

CONDE Creo que Dios olvida á su hija predilecta.

LUIS XVIII Me han dicho que ayer hubo sangre en La Minerva.

CONDE Así tienen que ahogarse ciertos movimientos.

LUIS XVIII Siento que hayan prendido á Beranger, que es un poeta notable.

COND.ª ¡Por Dios, Majestad! un poeta que rima loriga con barriga, es un hombre chavacano, es un impúdico.

D. ANG. Las tropas arrastraron á dos de sus amigos.

LUIS XVIII (Al Conde.) Esta tarde había más gente que de ordinario en la salve, ¿verdad, Conde?

CONDE Dios no abandonará jamás á su hija predilectá.

COND.ª ¿Es cierto que pensais reformar los uniformes de vuestra guardia, Majestad?

LUIS XVIII ¿Quién propaga esos rumores, querida Condesa?

COND.ª ¡Oh, gracias á Dios, veo que no es exacto! Unos uniformes tan vistosos...

D. ANG. Tan franceses...

LUIS XVIII Parece que la censura cerró ayer un Teatro.

CONDE ¡Oh! representaban un dramón.

D. ANG. ¿Cuál?

CONDE *Los dolores del pueblo.*

LUIS XVIII ¡Qué cosa más vieja!

ESCENA II

DICHOS y el OFICIAL DE GUARDIA

OFICIAL Señor, el Duque de Richelieu; pide la venia de V. M. para entrar.

LUIS XVIII Decidle que pase inmediatamente. (Vase el Oficial. A los demás.) Este Duque de Richelieu, vendrá á turbarme con minucias de Gobierno; algún debate de la Cámara que le tiene preocupado. No puede comprender que á mí esas cosas no me interesan.

OFICIAL (Anunciando.) El Presidente del Consejo de Ministros. (Los demás hacen una inclinación y se retiran.)

ESCENA III

LUIS XVIII y DUQUE DE RICHELIEU

LDIS XVIII ¿Qué hay, Duque? ¿Qué grave asunto venís á revelarme? ¿Han hablado mucho ayer esos queridos Diputados? ¿He de promulgar alguna ley para hacer la felicidad de mi pueblo? ¿He de poner mi firma para que sirva de algo lo que ellos han dicho?

D. RICH. ¡Oh, no, Majestad! ¡Se trata de un asunto grave!

LUIS XVIII ¡Ah! Entonces no es de la Cámara. ¿Qué sucede?

D. RICH. Entre los detenidos ayer tarde en la imprenta de La Minerva...

LUIS XVIII (Con fastidio.) ¡Oh! no hablemos de eso: supongo que estarán encerrados y ya no molestarán.

D. RICH. Pido venia para continuar, señor. Entre los detenidos hay un joven á quien se le han encontrado estos papeles. (Entrega al Rey un fajo de papeles: el Rey los examina distraídamente, hasta que tropieza con uno que le llama la atención.)

LUIS XVIII Una carta dirigida á mí. Yo conozco esta

letra... y este sello. (Buscando la rúbrica.) El Barón de Glaquin... Decid, Duque: ¿este Barón de Glaquín, no había sido compañero mío, cuando yo era Conde de Provenza? (Richelieu inclinándose hace muestras, de ignorarlo.) Sí, sí, el Barón de Glaquin. Fué un traidor á nuestra causa, pero era un hombre leal incapaz de mentir. Sigamos viendo. (Sigue registrando papeles: la expresión del actor acompaña las breves indicaciones del diálogo.) María Antonieta... letra de la reina... ¡de aquella mártir!... (Leyendo.) «De tu padre...» «hijo mío...» ¡No me engaño! Repasemos la carta del Barón. (Lee en silencio. Alto.) Duque, ordenad que inmediatamente comparezca en mi presencia el detenido. ¿Dónde se halla?

D. RICH. Abajo, en el cuarto de banderas. En previsión de vuestros deseos, he hecho que la policía le trajera en un coche, siguiendo de cerca al mío.

LUIS XVIII Hacedle subir. (Vase Richelieu.)

ESCENA IV

LUIS XVIII solo

LUIS XVIII ¡Qué revelación, señor! Siempre me había dado el corazón que esté Delfín vivía. Siempre lo temí... lo sospeché... ¿Qué debo hacer? Si mintieran estas cartas... ¡Pero no, no hay duda... son bien suyas... y además tengo ojos...! De niño tenía el aire de familia; conservará la insignia real tatuada en su espalda. No podrá engañarme un impostor, á mí que ya he inventado dos. (Queda pensativo.)

ESCENA V

DICHO. Entran EL DUQUE DE RICHELIEU y LUIS, conducido por dos OFICIALES. Luis lleva las manos atadas

LUIS XVIII (Al verlo.) (¡No me cabe duda; es un Borbón!) ¡Duque! Dejadme á solas con el detenido. (El Duque y Oficiales se retiran.)

ESCENA VI

LUIS XVIII y LUIS

LUIS XVIII (Sin hablar palabra, se acerca á Luis y le desata las ligaduras, luego le mira preguntándole.) ¿Cómo estaban en tu poder estos papeles?

LUIS Nadie me había dejado llegar hasta Vuestra Majestad para entregárselos.

LUIS XVIII ¿Cuándo lo has intentado?

LUIS Hasta rendirme, desde que llegué de América, pero fueron inútiles todas mis tentativas. He tenido que pasar por la cárcel para llegar á las gradas del trono. (Señalándolo.)

LUIS XVIII ¿Sabes lo que dicen estos papeles?

LUIS Que soy Luis Capeto, Delfín de Francia hasta la muerte de mi padre, y Luis XVII, su heredero, desde que murió en la Plaza de la Revolución.

LUIS XVIII Esas palabras, delante de mí, son un delito.

LUIS Lo serían delante de Luis XVIII, si el Rey de Francia se hubiera olvidado del Conde de Provenza.

LUIS XVIII ¿Quién te ha enseñado á hablar así?

LUIS Nadie. El corazón no tiene maestros.

LUIS XVIII ¿Quién te obliga á convertirte en mi enemigo?

LUIS Vuestros soldados, ya lo véis. No es mi ambición, son ellos los que me han traído aquí.

LUIS XVIII Te ha traído un acto de sedición y rebeldía.

LUIS Tanto mejor, porque además de mi derecho, llevo la voluntad del pueblo al trono de mi padre.

LUIS XVIII (Repasando los papeles y empezando á convencerse.) Cuando estaba en el Temple mi buena hermana, tu madre, creo que dejó en tu espalda...

LUIS (Desabrochándose la camisa.) ¡Aquí está la flor de lis, señor! En el mismo sitio por donde la

guillotina vengadora separó del tronco la cabeza de mi padre. (Se inclina, y el Rey, dándose por vencido, deja manifestar naturalmente los impulsos de su corazón realista y de su cariño familiar, estrechando entre sus brazos la descuidada figura de Luis.)

LUIS XVIII ¡Hijo mío!... ¡Hijo de mártires!... ¡Sangre de mi sangre, gloria de mi casa! ¡El más desdichado de los nuestros!... ¡Qué miserable estás!... ¡Cómo has sufrido!

LUIS (Conmovido.) ¡Señor!...

LUIS XVIII (Dirigiéndose al Trono y señalándole.) Aquí, á tu sitio; sobre el trono otra vez la gente de mi casa. El Rey de Francia vive; que todos mis servidores lo griten al aire de París, por todas las ventanas de las Tullerías. Capeto, hijo de Capetos, Luis XVII el Esperado, el conde de Provenza te saluda; esta es mi espada. (Se la entrega y se arrodilla —Luis, obligado por el Rey, sube las gradas del trono y se apoya en el brazo del sillón real, dominando la natural emoción. El Rey, levantándose y contemplando un momento á Luis.) Así; ese es el gesto; cógete á él con energía, porque tus amigos se volverán contra tí hasta que logren arrancártelo.

LUIS (Cruza los brazos, soltando el sillón.) Yo no lo defendería, señor, contra la voluntad de mis amigos.

LUIS XVIII El deber de un Rey, es defender su trono.

LUIS El deber de un Rey, es contentar á su pueblo.

LUIS XVIII No cuando el pueblo pide sin justicia.

LUIS ¡Si nunca piden los que tienen!

LUIS XVIII ¿De dónde vienes, Capeto, que traes esas ideas á Palacio?

LUIS ¿Dónde te has quedado, Capeto, que no han llegado á tus oídos estas ideas?

LUIS XVIII ¡Oh, no sigas, Luis! Una explicación es necesaria. Yo no te he recibido, ya lo has visto, ni con prevenciones, ni con dudas, ni con egoismos. Te he cedido ese trono que ocupaba en cumplimiento de un deber y de un mandato divino, y mi espada ha sido la primera que ha caído á tus pies, rindién-

dote homenaje en estas gradas. Pero mi misión no acaba aquí. Ante Dios y ante los hombres tengo que responder de los destinos de mi pueblo. La prosperidad de Francia ha sido el sueño de mi vida, y he de perseguirla hasta el final.

LUIS (Con cierta arrogancia juvenil.) Entonces, nos entenderemos.

LUIS XVIII Entonces, te interrogaré. ¿Con qué miras vienes á ocupar el trono de tu padre? ¿Qué cabeza va á ceñir la corona de Francia? ¿Qué designios, qué ideas son las tuyas?

LUIS Quiero que el advenimiento al trono de Luis XVII, no cueste una lágrima á ojos franceses. Quiero que, siguiendo mis pasos, entren en las Tullerías los pobres y los oprimidos, y que la voluntad popular sea mi cetro. Quiero que no necesiten matar mis soldados, ni ordenar mis ministros, para que la voz del Rey sea escuchada·

LUIS XVIII ¡Qué aberraciones, Luis!... ¡Qué locuras!... ¡qué delirios!...

LUIS Delirios para tí, que has pasado tu vida en la mentira oficial por los rincones de Palacio. Verdad, y santa verdad, y única verdad, para mí, que he llorado con el pueblo, que he trabajado con él, que he escuchado sus impresiones en el taller, que le he ayudado en sus rebeldías y en sus aspiraciones. Realidad para mí, que he llegado al trono apaleado por los esbirros del Rey, y con las muñecas entre ligaduras.

LUIS XVIII Olvidas que tengo en mis manos tu destino.

LUIS No me harás callar con eso, porque he puesto mi derecho en el corazón de Francia.

LUIS XVIII Este trono te lo he de dar yo.

LUIS Este trono, que es mío, se lo he de dar al pueblo.

LUIS XVIII (Irguiéndose.) Delfín Luis, no te conozco; eres un enviado de mis enemigos; conspiras contra Francia. ¡Soldados, arrojad de mi presencia á ese impostor! (Desciende las gradas del trono, al punto que entran en la sala los Oficiales

que se apoderan de él. El Rey, mientras tanto, rasga los papeles que le entregó Richelieu: antes de salir, Luis dice:)

LUIS Desdichado Rey, acabas de romper con tu egoismo el último lazo que te unía con tu pueblo. ¡Pon murallas á tus Tullerías, cierra esta sala del trono, porque acabas de morir y los nichos, por grandes que sean, deben tabicarse! (A un movimiento del Rey, los Oficiales arrojan á empellones de la sala á Luis.—Telón.)

MUTACION

CUADRO CUARTO

Pequeña plazoleta formada por el entronque de ambos boulevares en la Porte de Saint-Martin; en el fondo, el arco de la Porte de Saint-Martin. A uno y otro lado de la escena, la avenida de los boulevares. En primer término, á ambos lados, casas formando esquina; en una de ellas, la enseña del periódico «La Minerva». Esta casa, que está en el lado derecho, tiene los cristales rotos y la fachada con huellas de las violencias pasadas. En el arco y á ambos lados de la Porte de Saint-Martin, los vecinos han levantado barricadas. Al levantarse el telón, acaba de tener lugar un encuentro con las tropas, que los vecinos comentan.

ESCENA PRIMERA

BERANGER, CARBONARIOS 1.º, 2.º, 3.º y otros; OPERARIOS 1.º, 2.º y otros

OPER. 1.º Ya se fueron con lo suyo.

CAR. 3.º He logrado tender á un ésbirro del rey en mitad del arco. Se lo han llevado arrastrando.

OPER. 2.º (Con admiración.) Si todos hicieran lo mismo. .

BER. ¿Qué ha sido de Bancardel?

OPER. 1.º Le hirieron en la frente. Se retiró á su casa con la cabeza ensangrentada.

BER. Debemos enterarnos.

VARIOS ¡Vamos! (Un pequeño grupo se dirige á «La Minerva». Cortándoles el camino, aparece en la puerta de su casa, Bancardel con la cabeza vendada.)

ESCENA II

DICHOS y BANCARDEL

VARIOS ¡Viva Bancardel! ¡Abajo los tiranos!

OTROS ¡Viva!... ¡Abajo!

BAN. ¡Ciudadanos! ¡Ayer contuve vuestra furia!

CAR. 3.º ¡Es verdad!.

BAN. Ayer contuve vuestra furia, pidiéndoos que esperáramos el resultado de una última tentativa cerca del rey. Hoy os digo: ¡ciudadanos, adelante con vuestro derecho; la última tentativa ha fracasado: el pequeño Capeto, nuestro Delfín, ha sido arrojado de Palacio!

CAR. 1.º Si en Palacio no se recibe á nuestro rey, abajo Luis XVIII.

VOCES ¡Abajo!

BAN. Y puesto que volverán las tropas y puesto que de las Tullerías nos rechazan... ¡Compañeros! pido un sitio de honor en las barricadas.

BER. ¡Viva Bancardel!

TODOS ¡Viva!..

BER. Maestro Bancardel, en la barricada estamos sin bandera.

CAR. 1.º ¡Que la traiga Carlota!

BAN. (Entreabriendo la puerta de su casa.) Ven acá, Carlota, tráenos la bandera. El maestro Beránger, quiere decirle una canción.

ESCENA III

LOS MISMOS y CARLOTA con una bandera

Música

CAR. (Haciendo ondear la bandera.)
¡Libertad!

CORO ¡La deidad de los presos
es la libertad!
¡Prisioneros de reyes, cantemos
á la libertad!

(Las gentes rodean á Carlota que lleva en la mano la bandera.)

BER. Bajo los santos pliegues de tu bandera,
no pareces humana, niña hechicera;
pareces, bajo un árbol, su jardinera
y ella, sobre tus hombros, la primavera.

CORO — No son colores de odio los tres colores;
sobre tus hombros fingen mantón de flores:
rosas son y jazmines que se han abierto
dejando ver, al fondo, franjas de cielo.

CAR. — Las manos de mi madre, que ya no siento
resbalar impalpables por mis cabellos,
tenían—¡pobrecita, si aun me viviera!—
este roce del paño de mi bandera.
La vida, vista á medias, entre esperanzas,
cuando sus dos amores juntan dos almas,
tienen—¡qué luminosa visión guerrera!—
igual brillo que el paño de mi bandera.

BER. — Pliegues santos, benditos, besos del lienzo
donde hay ansias de vivos y amor de muertos;
vestidos de mi alma, sagrada tela,
¡todo yo vivo dentro de mi bandera!

CORO — Arbol bendito, árbol de las tres flores,
bandera santa, enseña de mis amores;
para henchirte de savia, para regarte,
nosotros te daremos ríos de sangre.

TODOS — ¡Libertad!
¡La deidad de los presos
es la libertad!
¡Prisioneros de reyes, cantemos
á la libertad!

Hablado

CAR. 2.º — ¡La barricada está sola!

BAN. — (Abrazando á Carlota.) A nuestro sitio. (Todos se abalanzan á las barricadas. Carlota queda resguardada en el quicio de una puerta. Suena un tiro lejano.)

CAR. 3.º — ¡Cobardes!... disparan desde lejos; rehusan el cuerpo á cuerpo.

CAR. 1.º — ¡Venid, acercaos! (Otros tiros. Bancardel se retira de la barricada vacilando.)

VOZ — Han herido á Bancardel. ¡Miserables!

BAN. — (Al llegar á la mitad de la escena, cae desplomado.) ¡Soy muerto! ¡Carlota!... ¡Hija mía!...

ESCENA IV

LOS MISMOS y LUIS

(Carlota se abalanza hacia su padre. Luis entra por la parte izquierda del boulevard, al tiempo en que dos Carbonarios retiran el cuerpo de Bancardel y lo dejan junto á la puerta de «La Minerva», cubriéndole con la bandera tricolor.)

CAR. ¡Padre mío!

LUIS (Recibiendo en sus brazos á Carlota.) ¡No estás sola, Carlota!... ¡Tu Luis llega á tiempo!

BER. (Desde la barricada.) Pequeño Delfín, ¿qué te ha dicho el rey?

LUIS ¡Los reyes han muerto! ¡Soy el ciudadano Luis! (Se ven por delante de la barricada los uniformes de la tropa.)

BER. ¡Libertad... y á ellos!

LUIS (Besando á Carlota y cogiendo la bandera tricolor que cubría el cuerpo de Bancardel, corre á la barricada, gritando:) ¡Viva la república! (Telón rápido.)

FIN DE LA ZARZUELA

OBRAS DE E. MARQUINA

El pastor, drama en tres actos y en verso.

Benvenuto Cellini, drama en cuatro actos.

Mala cabeza, pequeño drama en un acto y tres cuadros.

Agua mansa, zarzuela dramática en un acto y cuatro cuadros, música del maestro Gay.

La vuelta del rebaño, zarzuela en un acto, dividido en un prólogo y tres cuadros, música del maestro Gay.

En colaboración

El Delfín, zarzuela histórica en un acto y cuatro cuadros, escrita en colaboración con D. José Salmerón y García, música de los maestros Barrera y Gay.

Precio: UNA peseta